

ha vuelto contra los acusadores, y se ha convertido en título de gloria para los acusados.

Los incrédulos tienen otro motivo más de queja contra el catolicismo. Se los acusa de ser enemigos del trono. ¿Quién ha inventado, pues, la máxima de que *se debe obedecer á Dios antes que á los hombres*? Y ¿quién ha hecho creer á los pueblos que el obedecer á los sacerdotes es obedecer á Dios? Esta sola máxima bastaría para hacer al cristianismo tradicional incompatible con la soberanía civil: «Un cristiano, dice d'Holbach, no puede obedecer á los jefes de la sociedad, sino cuando las órdenes de éstos estén conformes con las voluntades arbitrarias y muchas veces insensatas de su Dios. Pero ¿quién decidirá si las órdenes de los soberanos están conformes con las voluntades de este Dios? Los ministros de la Divinidad, intérpretes de los oráculos, confidentes de sus secretos. De suerte que en un Estado cristiano los súbditos deben estar más sometidos á los sacerdotes que á los soberanos. Mas aún: si el soberano ofende al Señor, es decir, si no se somete á sus sacerdotes, su corona y hasta su vida peligran. Cien veces el fanatismo ha puesto las armas en las manos de los súbditos contra su príncipe legítimo. Los sacerdotes fueron siempre los árbitros de la suerte de los reyes: poco les importa trastornarlo todo, con tal que la religion sea respetada y que su autoridad se conserve intacta» (1).

Ahora ya sabemos por qué rechazaron el cristianismo los incrédulos. Querían emancipar el espíritu humano y reivindicar para él la libertad de pensar. ¿Qué obstáculo encontraban en su camino? ¿Quién se obstinaba en tener aherrojada á la razon? La Iglesia. Era necesario, pues, combatir á la Iglesia para conquistar la más legítima de las libertades, la libertad que la razon ha recibido de Dios. Los incrédulos querían ademas poner fin al vergonzoso régimen de la monarquía absoluta. ¿Quién tomó la defensa del poder arbitrario, cuando este poder se hallaba en manos de un Luis XV? La Iglesia. Para dar la libertad al mundo era preciso, pues, arruinar á la Iglesia. Los incrédulos querían que el Estado fuese independiente y soberano, porque, segun ellos, la soberanía

(1) *El Cristianismo desenmascarado*, p. 123-130.

pertenece á las naciones, y esta soberanía debe ser entera, indivisible. ¿Quién enseñaba que la Iglesia tiene un poder directo ó indirecto sobre el Estado? ¿Quién pretendía convertir la autoridad civil en un instrumento de la ambicion eclesiástica? Las gentes de iglesia. Para emancipar al Estado era necesario destruir la Iglesia, así como tambien para dar la libertad á los pueblos y á los individuos. ¿Quién estaba en lo cierto, los incrédulos ó la Iglesia? Los principios defendidos por los incrédulos, por los ateos, son hoy consagrados por nuestras constituciones, al paso que la Iglesia se ve reducida á renegar de su pasado.

N.º 2.—*La moral religiosa y la moral de los libres pensadores.*

I.

Los incrédulos, los ateos del siglo pasado no quieren religion; pero ¿qué entienden por religion? Para ellos la religion se confunde con la revelacion sobrenatural. Escuchemos al ateo de los ateos, al baron d'Holbach: «Toda religion supone no solamente relaciones entre Dios y los hombres, sino tambien alguna manifestacion de la Divinidad, una revelacion. Hay revelaciones hechas á diversos pueblos de la tierra. ¿Cuál es la verdadera? ¿La que da idea más clara de la Divinidad? Todas se proponen ahogar la razon, prohibir el exámen, presentarnos misterios; todas nos ofrecen un Dios incomprensible, oráculos ininteligibles, leyes opuestas á las luces del buen sentido; todas nos reducen á la autoridad de los hombres.» D'Holbach deduce de aquí que no hay sobre la tierra verdadera religion, que los hombres no tienen más que supersticiones (1). Si se identifica la religion con la revelacion, la consecuencia de los ateos es innegable, y no queda más que admirar la ceguedad de los ortodoxos que siguen sosteniendo que fuera de la religion cristiana no hay más que error y condenacion, sin considerar que de esta manera llevan la humanidad al ateismo. Pero, si la religion es ante todo la regla de nuestros deberes, en-

(1) *Historia de la supersticion*, t. I, p. 28.

tónces la consecuencia de los ateos es falsa. Vamos á ver que ellos mismos mantienen la religion bajo forma de moral.

Hablar de la moral de los ateos parece una broma. Verdad es que, teniendo en cuenta sus principios filosóficos, hay que confesar que destruyen toda moral. ¿Es posible pensar en una ley que rige las costumbres, si el hombre no es libre, si no es responsable? Véase lo que dice Diderot en un escrito íntimo: «Mirad con cuidado y veréis que el nombre de libertad es una palabra vacía de sentido, que no hay y que no puede haber sér libre; que no somos sino lo que conviene al orden general, á la organizacion, á la educacion y al capricho de los acontecimientos...» Si no hay libertad, no hay acciones que merezcan aplauso ó censura; Diderot lo dice al pié de la letra: «No hay vicio ni virtud, nada que merezca ser recompensado ó castigado» (1). Hé aqui la inmoralidad en toda su extension. Pero se ha dicho muchas veces que no se debe juzgar á los filósofos del siglo XVIII segun sus principios. Esto no es una excusa imaginada á posteriori: ellos mismos nos dirán cuál es su moral.

Si fueran consecuentes deberian negar toda moral; y están tan léjos de negarla, que para ellos la moral es una religion. Dejemos la palabra al baron d'Holbach: «La moral tiene por objeto dirigir exclusivamente la suerte de los hombres; la virtud es para ellos la cosa más importante; debe dominar á los príncipes; dar reglas á los gobiernos; dirigir la legislacion; fijar el derecho de gentes; ser la verdadera brújula de las naciones y de los individuos. Basta para hacerlos felices: tiene, pues, derecho á sus homenajes y á su culto. En una palabra, la moral es la única religion necesaria al hombre» (2). ¿Por qué rechazan los incrédulos el apoyo de la religion para consolidar la moral? Porque, segun ellos, la religion vicia la moral. Sobre este punto nos es necesario entrar en algunos detalles, de la misma manera que lo hemos hecho para el ateismo de los libres pensadores. Limitándose á decir que los ateos rechazan la moral religiosa, se los condena sin cono-

(1) DAMIRON, *Memorias sobre la Filosofía del siglo XVIII*, t. I, p. 321.

(2) *Historia de la supersticion*, t. II, p. 141.

cerlos; es necesario escuchar las razones por las cuales declaran que la moral es incompatible con la religion.

D'Holbach pregunta qué es lo que debe entenderse por virtudes. «Son, dice, disposiciones habituales que tienden á la felicidad y á la utilidad real de aquellos con quienes vivimos en sociedad. ¿Es esto lo que la religion cristiana entiende por virtudes? Esta entiende por virtudes disposiciones que es imposible tener sin gracia sobrenatural; de suerte que las virtudes de los paganos, aún cuando sean las de Sócrates y de Marco Aurelio, son virtudes falsas, pecados manifiestos. Por el contrario, las virtudes cristianas son inútiles é incómodas para nosotros mismos y para los demas en el mundo en que vivimos. La moral cristiana es verdaderamente una moral del otro mundo. No tiene por objeto más que disgustar á los fieles de la tierra, para atraerlos exclusivamente á un cielo de que no tienen idea. Para merecer la felicidad en este mundo desconocido, debemos prohibirnos el uso de nuestra razon, es decir, cerrar los ojos para dejarnos guiar por nuestros sacerdotes» (1).

Nada más verdadero que esta crítica: el cristianismo es una religion del otro mundo, y su moral es tambien una moral del otro mundo. El origen primero de este extravío se encuentra en el espiritualismo evangélico que se quiere presentar como un ideal de perfeccion. ¿Es decir que el celibato es un ideal, y el matrimonio no es más que un remedio contra la concupiscencia! ¿No tiene razon d'Holbach al decir que estas ideas son poco favorables á la poblacion, que es el fundamento del poder de un Estado? Hubiera debido añadir que esta degradante idea del matrimonio no es ya la nuestra, y que por consiguiente nuestra moral es superior á la de Cristo. ¿Otro ideal consiste en condenar á los ricos y á las riquezas! De modo que los buenos cristianos habrán de renunciar al comercio y á la industria. A poco que comprendan los preceptos de su maestro, cuidarán de no hacer la guerra, ni aún para defenderse. ¿No deben amar á sus enemigos, y sufrir las injurias? Ni siquiera se defenderán en justicia; se dejarán robar, se dejarán despojar. ¿Tambien es un ideal esa longanimidad

(1) *Cartas á Eugenia*, FRERET, t. I, p. 194.

que abre la puerta á las iniquidades y á los crímenes! Con este ideal, si se le pusiera en práctica, la sociedad no subsistiría veinte y cuatro horas; si se sostiene consiste en que los cristianos, aunque admiran la doctrina divina de su maestro, se separan de ella en la práctica, y siguen la pendiente de la naturaleza, á riesgo de condenarse (1).

En los primeros siglos los cristianos se esforzaban por practicar la singular perfeccion predicada por Jesucristo. ¿Qué resultó? Los desiertos se poblaron de anacoretas que, huyendo de la sociedad, privaron de apoyo á sus familias y de ciudadanos á su patria, para entregarse á una vida contemplativa y ociosa. De aquí las legiones de monjes que creyeron merecer el cielo, dedicándose al celibato y á la inaccion. A consecuencia de estas fanáticas preocupaciones se ven todavía multitud de hombres que hacen voto de ser toda su vida pobres é inútiles (2). El cristianismo se enorgullece con tan santos personajes. Santos, pueden serlo; pero ¿qué es un santo? «Es un hombre que hace oracion, que ayuna, que se atormenta, que huye del mundo, que, semejante á un buho, no se encuentra bien más que en la soledad. ¿Es esto virtud? Un sér de esta especie es bueno para sí mismo, y útil para los demás? Debe temer á la ciencia, como perjudicial á la fe; debe huir de la industria como un medio de adquirir riquezas, muy fatales para la salvacion; debe renunciar á los honores, á todo empleo, porque todo esto le impediría pensar en la salvacion de su alma» (3). Si los santos son hombres perfectos á los ojos de la Iglesia, á los ojos de la sociedad son locos. ¡De modo que la perfeccion tan decantada del Evangelio tiene por resultado la locura! «Supongamos, dice Diderot, que se ocurre á veinte mil habitantes de París ajustar estrictamente su conducta al sermón de la montaña, habría tantos locos que el prefecto de policía no sabría qué hacer con ellos, porque nuestras casas de locos no bastarian para contenerlos» (4). Es una locura de que ni siquiera tiene razon de envanecerse la

(1) *El Cristianismo desenmascarado*, p. 191, 192. — *Historia crítica de Jesucristo*, p. 182-188.

(2) *El Cristianismo desenmascarado*, p. 157.

(3) *El Buen sentido*, § 162, p. 230.

(4) DIDEROT, *Diálogos de un filósofo* (*Obras*, t. I, p. 209).

Iglesia; existe entre los que ella llama infieles en mayor grado todavía que en los desiertos de Egipto, ó en los muros de los claustros. «¡Insensatos, á quienes la credulidad venera y la supersticion admira como tipos de virtudes! ¿Qué podemos ver en esos desesperados, exclama d'Holbach, más que melancólicos, cuya demencia se fomenta con la idea de un Dios bárbaro, ú orgullosos, á quienes lisonjea el distinguirse del comun de los mortales? ¡Penitentes insensatos! ¿Creeis servir á un Dios bueno, haciéndoos enemigos de vosotros mismos?» (1).

Los libres pensadores deducen la consecuencia de que no hay nada de comun entre la virtud y la santidad. «Es virtuoso, dice Helvecio, el que hace bien á sus conciudadanos. La virtud envuelve siempre la idea de alguna utilidad pública. No sucede lo mismo con la santidad. Un santo se impone la ley del silencio, se azota todas las noches, se alimenta con legumbres cocidas con agua, duerme sobre la paja, ofrece á Dios su desaliño y su ignorancia» (2). Supongamos que todos los hombres sean santos, ¿qué será del mundo? Esta objecion se repite por los incrédulos bajo mil formas, y es capital. En vano los defensores del cristianismo dirán que los incrédulos exageran, que hacen la caricatura de la santidad cristiana; léjos de exagerar, ni siquiera descubren toda la locura que encierra la perfeccion evangélica. Prescindamos de los excesos y atengámonos al ideal. Un ideal de perfeccion para seres sociales ¿no debe aspirar á formar una sociedad perfecta? Pues la primera condicion de la perfeccion imaginaria, predicada por el Evangelio, es el abandono del mundo. ¿No tiene razon d'Holbach al decir que los pueblos volverian al estado salvaje, si tomasen en serio el Evangelio? «No se verian más que seres montaraces, que quebrantarian todo vínculo social, que no harian más que orar y gemir en este valle de lágrimas, y que no tendrian más ocupacion que hacerse desgraciados á sí mismos y á los demás á fin de merecer el cielo. Si en los Estados cristianos se ve alguna actividad, si se encuentra en ellos alguna ciencia, si hay costumbres sociales, consiste en que á despecho de sus opiniones religio-

(1) *Historia de la supersticion*, t. II, p. 102.

(2) HELVETIUS, *Del Hombre*, sec. IV, c. XX.

sas, la naturaleza trae á los hombres á la razon y los obliga á trabajar en su felicidad» (1).

Si la sociedad subsiste es porque no se practica la moral del Evangelio. ¿Es por su sublimidad por lo que no se la observa? Los incrédulos responden que es impracticable porque es falsa. Es una moral antisocial que, si fuera practicada, produciría infaliblemente la ruina de las naciones. La humanidad necesita una moral social. Esta es la mayor acusacion de los filósofos contra la moral religiosa; porque, segun costumbre, imputan á la religion todos los vicios que encuentran en el catolicismo. «La moral religiosa, dice d'Holbach, hace santos; la moral política, ciudáanos; la una hace hombres inútiles y hasta perjudiciales al mundo; la otra se propone formar para la sociedad miembros útiles, capaces de servirla, que cumplan con los deberes de esposo, de padre, de amigo, de asociado. El fanatismo y el entusiasmo son la base de la moral de Cristo. En este mundo se necesitan virtudes humanas, virtudes reales, que lo sostengan, que le den energía y actividad; las familias necesitan vigilancia, afectos, trabajo; los hombres todos necesitan el deseo de proporcionarse placeres legítimos y de aumentar su felicidad. La moral política nos enseña que debemos cumplir nuestros deberes de ciudadano, que debemos tratar de ser útiles á nuestros asociados, servirlos, consolarlos, animarlos. La moral religiosa amortigua la actividad humana y la anularía si no encontrase un obstáculo en la naturaleza; las virtudes que predica son virtudes pasivas, la paciencia, la resignacion, la obediencia y la humildad. El hombre, llamado á obrar y no á soñar, necesita virtudes activas (2). Esto quiere decir que el ideal de la moral filosófica es todo lo contrario de la moral religiosa. El primer consejo que los moralistas cristianos dan á los fieles, es huir de la sociedad para trabajar en su salvacion. Los filósofos, por el contrario, dicen al hombre: debes permanecer en la sociedad para la cual te ha creado Dios, y servir á tus semejantes; ¿Quién tiene razon, los ateos ó los discípulos de Cristo? ¡Cosa notable!

(1) *El Cristianismo desenmascarado*, p. 198, 28.

(2) *Idem*, p. 13, 141. — *Sistema social*, 1.^a parte, capítulos xv y xvi.

Los cristianos mismos abandonan el ideal de la perfeccion evangélica. Ya no los vemos retirarse á los desiertos. ¿Qué digo? Los monjes que en otro tiempo buscaban los lugares solitarios, llenan hoy nuestras ciudades; á cada paso encontramos esos fantasmas de otra edad, tratando de hacerse lugar en el mundo. ¿Por qué no se han quedado en él?

Se comprende ahora por qué los incrédulos quieren emancipar la moral de la influencia de la religion. Tienen ademas otras razones para secularizar la moral. La moral religiosa está necesariamente subordinada al sacerdocio, y éste siempre y en todas partes ha creído que lo más importante era dejar ciegos á los pueblos, á fin de hacerles trabajar incesantemente en su propia grandeza, persuadiéndolos de que de este modo cumplan sus deberes con Dios. ¡Es decir que unos hombres interesados, ambiciosos, codiciosos, llegarán á ser los árbitros de las costumbres! «Los dogmas, las ceremonias, la moral y las virtudes que prescriben todas las religiones del mundo, han sido calculados visiblemente para aumentar el poder ó los emolumentos de los ministros del culto. La moral y las virtudes religiosas consisten en una fe sumisa que impide razonar, en una humildad devota que asegura á los sacerdotes la sumision de sus esclavos, en un celo ardiente cuando se trata de religion; es decir, del interes de los sacerdotes» (1). En este orden de ideas no hay ninguna garantía para el cumplimiento de los deberes más imperiosos de la moral. «Dios debe ser ántes que las criaturas; es preciso obedecerle ántes que á los hombres. Pero los intereses del cielo ¿no son los intereses de los ministros del cielo? Luego los sacerdotes, so pretexto de la gloria de Dios, podrán dispensar de los deberes de la moral humana» (2). ¿No es esto viciar la moral en su esencia?

D'Holbach cita, como ejemplo de esta subordinacion de la moral á los intereses de los sacerdotes, el asilo que la Iglesia ofrece á los malhechores. «¡De este modo, exclama, el sacerdocio hace á su Dios protector y cómplice del crimen! Y por otra parte, ¡hace quemar ciudadanos virtuosos simplemente por sus opiniones! ¡Cuá-

(1) *Historia de la supersticion*, t. II, p. 52.

(2) *El Buen sentido*, § 168, p. 242.